



Naturalmente, también las dictaduras de izquierda tienen su conformismo, distinto en cuanto al origen, pero sustancialmente igual en los reflejos psicológicos e individuales. Es cierto: el origen de la dictadura fascista es la conservación, mientras que el origen de las dictaduras proletarias es la revolución. Pero el proceso psicológico es idéntico y, a través de él, el individuo se ve acosado, presionado, arrollado por las masas y llevado inevitablemente a sentir su propia personalidad como una culpa y a buscar la liberación del sentido de esta culpa a través del confor-

mismo. Naturalmente, en las dictaduras de izquierda, la relación entre el individuo y el régimen puede ser ideológica y no conformista; esto no sucedía en las dictaduras fascistas y sus pseudoideologías. Pero siempre que haya violencia habrá conformismo.

Pero dado que es muy difícil, por no decir imposible, que las dictaduras de izquierda, que son siempre regímenes de masas, no se presenten con un halo de violencia con respecto a los individuos, la violencia colectiva provocará el conformismo individual. ■

rededor el suyo propio, pequeño o grande, en el círculo de admiradores y en el de lectores, que lo confrontan en la lucha muchas veces cansadísima, por ser constantemente «distinto». Existen los conformistas del pasado que saben decir cosas maravillosas, aunque repetidas; los conformistas del presente, más domésticos y afectuosos, y los iracundos o proféticos conformistas del futuro. Estos canijos, peleones, huesudos y roncacos sirven de eslabón de los conformistas venideros, de un pasado que ha de volver: la legión de los jovencitos del año dos mil, enfrascados en los textos que los actuales conformistas rechazan.

Pero los conformistas de la literatura no se limitan a leer, a tomar partido con incauta pasión por unos u otros anticonformistas; ellos también escriben. Desde este punto de vista son, pura y simplemente, la historia de la literatura. En mil años, ¿cuántos grandes se podrán reunir? ¿Veinte, treinta? ¿Y el resto? El resto son ellos. ¿Qué es el siglo XVIII, el barroco, el naturalismo? Nada más que una legión de conformistas. Leían a Marino, a Voltaire o a Zola y reconocían su vocación, humillada y eterna, de coagularse en forma de plancton, en formas continentales, de constituirse en capítulos de la historia de la literatura. Y esto no es una cosa fácil y vulgar. Pensemos en la alegría anónima de los petrarquistas, en sus vidas difuminadas en algunas docenas de sonetos, en canciones extrañas y un tanto capciosas; y para comprender hasta qué punto este conformismo es algo superior y, al mismo tiempo,

fatal, consideremos cuántos y cuántos de los «grandes» empezaron su carrera padeciendo lo que los críticos llaman «influencias», y padeciéndolas, precisamente, como conformistas. Quienquiera que haya leído una Historia de la Literatura, una historia científica, naturalmente, sabe que, aparte de los grandes, la Historia está formada por hombres de segunda fila, por corrientes, por épocas, por influencias. Multitudes, tribus, batalladoras aunque irregulares milicias de individuos anónimos o ligeramente fuera del contorno de su nombre, pero obedientes a un prestigioso, tal vez inmortal, apellido colectivo. Estos son los servidores de la literatura y su lugar está junto a los grandes, al igual que los bufones devotos o cortesanos, muchas veces levemente deformes, se amontonan junto al marco de los cuadros votivos de santos y héroes, dispuestos a salirse, en cualquier momento y para siempre.

El conformismo literario no aspira al poder y sabe que no merece la gloria: su devoción es más dramática y desgraciada. Ellos quieren un fragmento de inmortalidad delegada, quedarse estancados en el centro de una verdad imperecedera. El conformista literario es un cleptómano de objetos sagrados que maneja con clandestina piedad. El es quien todas las tardes, desde tiempos de Orfeo, organiza el dulce té de las cinco para las musas, excéntricas e insolentes señoras. Si no fuera por ellos, la literatura sería una selva inhóspita y arcaica, poblada de reptiles y paquidermos ruidosos y maleducados: los genios. ■

EL ESCAPISMO DE LA ERUDICION

GIORGIO MANGANELLI

Es obvio que los conformistas son, bajo todos los puntos de vista, seres despreciables. La costumbre establece que se hable de ellos con desdén, cuando no con sarcasmo o simplemente con desagrado. Rara vez se merecen el odio, sentimiento viril y solemne, aunque éste se nutra de un folklore usurpado o de una vacía pasión ideológica. Hay que señalar que los conformistas nunca piensan o, por lo menos, nunca piensan con su propia cabeza. Vive en una condición de eterna virginidad fecunda, en medio de pensamientos siempre nuevos y suyos, meditados y sufridos con gran dificultad. El conformista es un cobarde, un esbirro obediente de los designios del poder; y de esta forma, el anticonformista se complace, y con toda la razón, de sus propios bíceps morales, de un tórax ensanchado por toda una vida de matutinos ejercicios de imperativo categórico. En definitiva, el conformista no es exigente ni siquiera al nivel de los sentidos, ya que incluso su ojo y su paladar ven y gustan solamente lo que les permite su degradada obediencia. En definitiva, el conformista es el resultado de

un fatigoso compromiso entre lo humano y la pura y simple nada, y, como suele suceder con todos los compromisos, no satisface a ninguna de las partes. Y aquel que no establece compromisos, que no participa de la nada, se reconoce a sí mismo por lo que es: un lobo solitario.

Confieso que no me siento a la altura de la tarea; no osaría enfrentarme al destino o al mundo con el pecho descubierto, y los amigos que me han llevado a su lado en coche saben que la cobardía es mi única cualidad en grado heroico. Un semáforo me postra en una humillante obediencia, ¡no hablemos de la Historia! Por lo tanto intentaré, más de acuerdo con mi personalidad, hacer una defensa del conformista, especialmente del que me es más conocido y al que mayor afecto tengo: el conformista literario. Tal vez me equivoque, pero esta es la gracia de la tierra de las musas. El compra los libros de los anticonformistas y los comenta favorablemente, los presta a amigos, a los que predispone a una indulgente lectura. Ya que se dan anticonformistas de toda clase y pelaje, cada uno tiene a su al-

LA ESCALADA SOCIAL

CAMILLA CEDERNA

VIVIMOS tiempos en los que muchos ídolos se han derrumbado, muchos mitos han decaído especialmente los mundanos; por lo tanto, ha desaparecido la categoría de aquellos que sin pudor imitan, obsequiosamente admiran y rabiosamente bus-

can la compañía y la intimidad de los que se consideran en un escalón superior. En cambio, proliferan los que se siguen arrastrando ante quienes pueden ayudarles en su ascensión social, para después poder saborear la alegría sutil de ser un día insolentes con